

Anselmo Lorenzo
JOSÉ LÓPEZ MONTENEGRO
en José López Montenegro, *El botón de fuego*.



José López Montenegro

Bien sé que hemos de acatar la muerte como una consecuencia natural de la vida; pero no es menos cierto que si tenemos razón para comprender y saber, tenemos también un organismo para sentir, y en el sentimiento está lo que pudiéramos llamar la sal de la vida, lo que disipa la monotonía mecánica del ser y da penas o alegrías, según que el tal mecanismo nos afecte en bien o en mal.

Gran pena me ha causado, y muchos me acompañarán en ella, la noticia de la muerte de López Montenegro, cuyo nombre ha ido unido a todo lo que más me ha interesado en mi vida, por lo que me complazco en dedicarle este sencillo recuerdo, ya que no he de trazar aquí su biografía.

Le conocí en Madrid antes de declararse anarquista; le vi cuando, por su participación en el movimiento obrero aragonés, era anarquista ya y trabajó en la celebración clandestina del Congreso de la F.R. Española de La Internacional de 1872, en Zaragoza, antes de su presentación pública en el Teatro de Novedades de aquella capital; le vi en París llevando la vida de emigrado pobre, después de su participación en el Cantón de Cartagena, y asistí con él a una conmemoración de la Commune, celebrada en Reus, donde en una especie de ágapa anarquista celebrada con los compañeros reusenses en el Maset, hizo una especie de confesión verdaderamente sensacional.

En este nuevo aspecto de su vida es interesantísima la de

Montenegro, redactor de *Los Desheredados* y maestro laico en Sabadell, maestro también en Sallent, recluso en Montjuich y residente en Barcelona después de aquella persecución que hizo tristemente célebre el castillo maldito, tuvo siempre su pensamiento, su pluma y su palabra al servicio del ideal redentor del proletariado.

Le vi por última vez en Barcelona, poco antes de su viaje a América, y por cierto en ocasión de haber de desengañarle acerca de la publicación de una obra en verso.¹ Si es cierto que nadie es perfecto, él pecaba por sus versos. Con grandiosidad de pensamiento y sabiendo expresarle en prosa clara, enérgica y sugestiva, a veces lo empequeñecía por reducirlo a las estrecheces de la rima y del consonante, y siendo buen prosista se empeñaba en ser mediano versificador.

Quizá presentía que no nos veríamos más; al despedirnos no aceptó mi mano, sino que me estrechó fuertemente contra su pecho y me dio un beso. Conmovidos ambos, nuestra última mirada fue velada por lágrimas y nuestras palabras temblaban por efecto de una emoción intensa.

Con la misma emoción trazo estas líneas que dedico al viejo amigo y constante luchador, que en lo mucho que tuvo de bueno deseo ver imitado por los luchadores y propagandistas de la nueva generación.

1 “La Naturaleza”, poema ineluido en este libro.

Anselmo Lorenzo